CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

3	1 E	4	1	5	6	3	1	7	8	2
9	2 S	10	3	■	3	■	2	6	11	8
12	■	2	10	7	■	11	8	2	■	11
6	13	8	■	8	11	6	■	10	7	8
8	6	■	10	5	8	3	8	■	6	14
■	10	9	5	8	■	10	11	1	8	■
11	■	15	10	3	10	2	1	14	■	5
10	11	10	3	■	3	■	13	1	12	8
15	10	2	8	2	■	4	8	2	10	3
10	5	■	14	1	15	10	3	■	2	8
3	1	8	■	3	6	14	■	11	1	2

SOLUCION JUEVES

M	■	T	O	L	E	R	A	R	■	R
E	M	U	L	O	■	U	R	A	N	O
D	E	■	I	M	I	T	E	■	O	B
I	D	A	■	A	B	A	■	U	V	A
R	I	C	O	■	E	■	O	S	E	N
■	C	E	L	E	R	I	D	A	D	■
T	I	R	A	■	I	■	A	R	O	S
U	N	O	■	A	C	A	■	E	S	O
N	A	■	A	Z	A	D	A	■	O	L
E	L	E	V	A	■	A	M	A	S	E
Z	■	S	E	R	E	N	O	S	■	R

NETCHAIEV HA VUELTO

Página/2/3



Verano/12

(Por Pablo Marí) Detrás de una puerta, con otra luz o fuera de foco, ella parecía diferente. Usted ya la conocía y se conocían más o menos bien, pero ahora, después de unos meses y detrás de una puerta, ella parecía diferente. No era la primera vez para ninguno de los dos, no era la primera vez que después de un tiempo coincidían en un encuentro pero ahora, ella, sin cambios notables, se veía diferente. En otros lugares, otras veces, ella, si bien conducía ciertos ademanes con cuidado, no parecía diferente. Usted piensa en un efecto distante. Usted, siempre preocupado por el origen de las desigualdades, trata de reconocer en ella un accidente. Usted busca, cartesiano, una explicación. Usted busca, incrédulo, una explicación. Usted busca una explicación para subsanar una diferencia y se pregunta si será posible establecer (¿establecer?) un equilibrio nuevo donde antes existía una cómoda indiferencia. En bien determinadas situaciones la indiferencia consiste en saber quién no mira al otro, quién decide no mirar, pero ahora ella lo mira y al ser mirado por ella, usted se siente considerado de un modo inusual, y usted duda. Cualidades relativas, usual o inusual, cualidades relativas para delatar la concesión de un gesto, para describir un síntoma y una vez más, clínico, usted procura una explicación obediente para cada síntoma. Usted dispone relaciones, usted no ve (usted no describe) las coordenadas del lugar por ella ocupado. Usted no ve a la persona presente, usted nunca ve a la persona presente, usted trata de ver todo aquello que, posiblemente, con ella se relacione. No es lo mejor y usted lo sabe, todos estos pasos complican su apreciación de las personas y siempre es así, siempre. Usted tiene que ver todo siempre en relación con todo lo posible. Usted siempre hace las cosas así y sin embargo, probablemente, todo lo que usted piensa es muy distinto de como usted lo piensa. Es posible que todo lo que usted piense sea, en realidad, distinto de como usted lo piensa. Usted mira. Usted mira. Usted mira hacia donde ella está y ella está ahí. Ella está ahí, a cuatro metros, aunque si se considera cada paso extendido como un metro es probable que los metros sean casi cinco. Ella ahora apoya cenizas sobre el cenicero y usted decide (¿y si ella decidiera lo mismo?) abreviar las distancias. Usted espera un movimiento, desde su posición, usted espera un movimiento equivalente al que usted, inseguro, piensa hacer. Si usted se mueve, y ella no, cada uno de sus pasos puede significar una salto en el vacío. Usted espera un movimiento equivalente pero mantiene el equilibrio de una posición que, aunque insostenible, ejerce su presión de modo recíproco. Usted, en todo caso, prefiere no moverse. Usted, en verdad, prefiere no moverse y, en el mejor de los casos, un desplazamiento lateral puede ofrecer otra mirada. Usted no se mueve y sostiene, no con poco esfuerzo, el peón en la cuarta casilla del rey. Usted decide postergar sus pensamientos, muchas veces la secuencia de sus pensamientos es demasiado rápida y usted siente el riesgo y presiente momentos difíciles y decide suprimir todo pensamiento. Usted posterga sus pensamientos. La dilación, piensa usted, la dilación basta para producir un encuentro y, en otro orden de posibilidades, la dilación sólo es útil para alejar la escena deseada. En otro orden de posibilidades usted se imagina convertido en un cancerbero sólo vulnerable por la contraseña precisa. Ella diría (ella no dice nada) dos o tres palabras y todo debería estar dicho. Usted, que no bebió de más, se siente mareado. Sus movimientos parecen constatar una prolija decisión en cada paso, su cuerpo sin sombras deambula por otro lado, algunos torpes gestos delatan su mareo, otros no. En otro orden de posibilidades usted decide detener el alud de sandeces secretas. Usted piensa que piensa demasiado y que es inútil, piensa, pensar demasiado. Usted, que tiene que ver todo siempre en relación con todo lo posible, declara ser un pelotudo. La declaración, hecha en voz baja, no suponía la presencia de un auditorio; ella, a medio metro, después de presenciar la escena y después de leer sus pensamientos agrega vino a su copa y, muda, le ofrece un cigarrillo y le pregunta la hora, usted, mecánico, contesta: es tarde. Ella dice vamos viejo y usted asiente un poco confundido.



LA DUDA METODICA

Por Jorge Semprún

Daniel ha vuelto!

Roger Marroux se despertó sobresaltado... Juliette, su mujer, le daba sacudidas en el hombro para despabilarlo.

De una ojeada vio que eran las cinco de la madrugada y que Juliette tenía la mirada ida y la mandíbula crispada de los peores momentos de crisis. Debía de haber burlado la vigilancia de la joven que dormía junto a ella para evitar cualquier accidente.

Se enderezó, abrazándola.

—¿Ha vuelto? Cuéntamelo, Juliette...

Ante todo no había que tratarla con brusquedad, ni llevarle la contraria, ni proclamar de entrada la imposibilidad de ese retorno. Doce años atrás, cuando desapareció su hijo, Juliette se lo tomó con tranquilidad al principio, decidiendo que Daniel había sentido deseos de cambiar de aires, de alejarse, para salirse del callejón sin salida de su actividad militante de entonces. Pero volvería pronto, curado de sus ilusiones nihilistas, dispuesto a volver a empezar en la vida. Con sus aptitudes todo le sería fácil: el universo entero le estaba abierto.

Sin embargo, dos meses después, una carta de Daniel echada al correo desde algún lugar de América Central anunciaba su decisión de morir, de desaparecer de una vida en lo sucesivo desprovista de interés. Pedía disculpas a su madre y tenía incluso una palabra amable para con Marroux, su padrastro, lo que realmente se salía de lo corriente.

Primero Juliette esperó intensamente, desesperadamente, que Daniel no llevara a cabo su proyecto de suicidio. Pero tres semanas después el cónsul de Francia en Guatemala les envió una comunicación oficial. Se había encontrado el cuerpo medio carbonizado de Daniel Laurençon en el fondo de un precipicio, donde su coche se había estrellado. El cónsul también les remitía sus objetos y documentos personales: el reloj de pulsera que su madre le regaló cuando aprobó el examen de selectividad para ingresar en la Normal Superior, una cadenita de oro que había pertenecido a su padre...cosas así. En el pasaporte, parcialmente comido por las llamas, la página de la foto estaba intacta.

Juliette había llorado mucho ante esta imagen de su hijo, de mala calidad, pero donde, sin embargo, brillaba el rubio insolente de Daniel.

Roger Marroux había empezado a dar los pasos necesarios para repatriar el cuerpo de su hijastro, pero en vano. Accidental o voluntaria, la caída del coche de Daniel se había producido en una región en estado de guerrilla. El cadáver había sido enterrado deprisa y corriendo en la fosa común del cementerio de un pueblecito de montaña, y resultaba imposible identificarlo.

Intentos de suicidio

En el transcurso de los meses siguientes, sin la presencia de su hijo, que había sido malhumorada, insolente y agresiva durante los últimos años, Juliette se fue hundiendo en una depresión melancólica. Empezó pasando semanas enteras encerrada en su habitación, estirada, o sentada en un sillón, sin moverse, con la mirada perdida. Su única ocupación, durante esas temporadas, consistía en ir seleccionando incansablemente las fotografías familiares donde salía Daniel desde su más tierna infancia e irlas pegando en álbumes siguiendo unos criterios misteriosos y cambiantes cuya razón —o mejor aún sinrazón— era incomprensible.

Estas depresiones periódicas se volvieron más frecuentes y duraderas, alternando con ataques de furia que generalmente acababan con intentos de suicidio que hicieron necesario vigilarla discreta pero constantemente. Habitualmente, los ataques los solía anunciar la propia Juliette: de repente pretendía que Daniel había vuelto, y que ella había hablado con él a escondidas de los demás.

Esa noche de invierno la mujer de Roger Marroux había conseguido salir de su habitación sin llamar la atención de su joven enfermera. Temblaba abrazada a su marido, murmurando que Daniel había vuelto, que había hablado con él: esta vez no era un sueño como tantas otras veces, no, ¡esta vez era Daniel de verdad!

Roger Marroux la apretaba contra sí, hablándole despacio al oído con la dulzura desesperada que habían ido forjando tantos y tan duros años. Juliette volvió a sumirse en una especie de letargo o de somnolencia soñadora. La tomó en brazos, ligera y tibia como una pluma, la llevó a la habitación de la planta baja que daba al jardín grande, la metió en la cama, se dio cuenta de que la puerta ventana del balcón estaba abierta y la cerró. Al cerrar las cortinas vio a lo lejos el resplandor de París, la silueta iluminada de la torre Eiffel, que destacaba en el horizonte de una fría y clara noche.

Unos años antes había comprado esta casa en la colina que une Montlignon con Saint-Leu, al norte de la capital, junto al lindero del bosque de Montmorency. Para que Juliette estuviese tranquila, próxima a los vientos y a los árboles. Pero también porque fue en Saint-Leu, hacía más de 40 años —en 1942 exactamente—, donde conoció a Juliette Blainville. Durante la fiesta de cumpleaños de una amiga común, la hermana de un compañero de estudios.

Todos tenían 20 años, más o menos: la edad difícil.

Amante veleidosa

Michel Laurençon tenía 20 años. El también estaba en Saint-Leu. Siempre estaba donde su mejor amigo, Roger Marroux. Probablemente fue Michel el primero en conocer a Juliette Blainville: en el sentido bíblico, se entiende. Ella pasaba de uno a otro, amante veleidosa, indecisa, pero siempre igualmente apasionada. Ellos, Michel y él, esperaban que el destino resolviese esta situación que les sumía en las ansias de una dicha loca.

Fue la muerte quien la resolvió.

Roger Marroux había atravesado Europa, muchos años antes —¿o acaso siglos?, ¿no era en otro tiempo, en otro paisaje histórico?—, con el III Cuerpo de Ejército norteamericano del general Patton, que iba penetrando en el corazón de la Alemania nazi. Las ciudades estaban en ruina, las mujeres lívidas ("Deutschland, bleiche Mutter", escribió el poeta), miles de prisioneros de todo tipo, liberados por el avance aliado, infestaban las carreteras: parecía una escenificación bastante verosímil del Apocalipsis.

El 11 de abril de 1945 una de las divisiones blindadas de vanguardia del Ejército de Patton avanzaba por las colinas que rodean Weimar, donde se encontraba el campo de concentración de Buchenwald. Al día siguiente, Marroux, junto a otros dos miembros, británicos, de una misión militar encargada de encontrar cuanto antes el rastro de los agentes de los servicios de acción y de información deportados por los nazis, llegaba en coche a la entrada del campo de concentración. En Buchenwald calculaban poder encontrar a varios agentes. ¿Vivos todavía? Daba igual, Marroux había aceptado tomar parte en esta misión para poder reunirse cuanto antes con Michel Laurençon.

La última vez que lo vio fue en febrero del año anterior, en 1944. Se encontraron en París para ir juntos al teatro de L'Atelier a ver una de las primeras representaciones de la *Antígona*, de Jean Anouilh. Era a principios de febrero, le parecía recordar. En cualquier caso, antes del día 15, ya que fue el 15 cuando la Gestapo lo atrapó.

Después de *Antígona*, se pasaron la noche hablando. La Resistencia disponía de un refugio en la Rue Blainville. Qué casualidad: como el apellido de Juliette; además ése era el barrio donde habían pasado su adolescencia. Rieron. A dos pasos, en la Rue Thouin, seguía alzándose la farola que les servía de punto de apoyo para saltar la tapia del liceo Henri IV cuando estuvieron internos. Rieron también del aura de distinción cultural con que se adornaba su compromiso. ¡Como en cualquier vida ilustre de Plutarco! Cuando estaban en la clase preparatoria de la Escuela Normal Superior el anciano profesor de griego dedicó una parte del curso para explicar Sófocles. En concreto, la tragedia. No sin segundas intenciones alusivas a los problemas de una época de ocupación extranjera, a los Creontes hipócritas y provisionalmente triunfantes.

Al año siguiente, en 1943, celebraron su despedida de las letras y su definitiva entrada en el mundo de la clandestinidad yendo todos en grupo a ver *Las moscas*, de Jean-Paul Sartre. El mes de junio inundaba París con sus fragancias campestres y sus esperanzas inciertas, cubriendo la ciudad con un manto de seda azul de indiferente eternidad. Juliette lloraba: no lograba decidirse por uno u otro; amaba a los dos por turno, igual que la amaban ellos a ella, y ahora resultaba que desaparecían juntos.

Un año después, el tema de la discusión era la *Antígona*, de Anouilh. "¡Una época realmente ideal para dos estudiantes eruditos y combativos!", decía Laurençon aquella noche, en la Rue Blainville.

Misión de búsqueda

En la primavera de 1945, tras los carros blindados de Patton, Roger Marroux cruzó una Alemania derrotada y lívida, para encontrar a Michel, para sacarle del abismo de la ausencia, del olvido. Días después de la velada en L'Atelier cogieron a Michel. Precisamente en el refugio de la Rue Blainville. Se llegó a saber que había sido abominablemente torturado, deportado a Alemania, a Buchenwald, en un convoy especial de agentes de las redes franco-británicas. Se decía que algunos fueron fusilados después de llegar al campo de concentración . No se sabía el destino de los demás. Por eso la urgencia de esta misión de búsqueda.

La mañana del 12 de abril de 1945, Marroux se apeó del coche delante de las oficinas de la Politische Abteilung, la sección de la Gestapo del campo de concentración de Buchenwald. El monumental portón de entrada, con su verja de hierro forjado, se hallaba a unas decenas de metros, al final de la larga avenida bordeada por columnas coronadas de águilas hitlerianas que unía la estación con el campo de concentración.

Un chico joven —aunque era difícil calcular su edad exacta: unos 20 años, pensó— estaba de guardia en la entrada del barracón de la Gestapo. Llevaba botas rusas de cuero flexible, un atuendo disparatado, el pelo al rape. Pero una ametralladora alemana le colgaba del hombro, señal evidente de autoridad. Los oficiales de enlace americanos les habían dicho, al despuntar el alba, que la resistencia antifascista de Buchenwald había conseguido dotar de armas a unas cuantas decenas de hombres que habían tomado parte en la fase final de liberación del campo de concentración, justo después del avance de la vanguardia motorizada de Patton. A ese grupo pertenecía probablemente este joven que les miraba bajar del *jeep* y desperezarse al sol de primavera, en el silencio espeso, extraño, del bosque de hayas que rodeaba la valla de espino del campo de concentración. Marroux se sintió aprisionado por la frialdad devastada de esa mirada, brillante en el rostro huesudo y demacrado. Tuvo la impresión de ser observado, sopesado, por unos ojos enclavados más allá o más acá de la vida. Como si el destello neutro, plano, de esa mirada le llegase de una estrella muerta, de una existencia ya desaparecida. Como si esa mirada hubiese viajado hasta él atravesando las estepas de un paisaje sombrío, mineral, para alcanzarle impregnada de una frialdad salvaje, de una soledad sin remedio. Se giró hacia sus dos compañeros, algo mayores que él, y adivinó que se sentían presa del mismo malestar, de la misma inquietud.

El joven, que se había fijado en el escudo tricolor coronado por la palabra "France" que Marroux llevaba en la guerrera, se dirigió a él en francés:

—Parece usted sorprendido...¿Qué le pasa? ¿Es el silencio? Nunca hay pájaros en este bosque...Al parecer, el humo de los hornos crematorios los ha hecho huir...—soltó una risita—. Pero el horno se paró ayer...Ya nunca más volverá a haber humo...Nunca más volverá el olor de la carne quemada en el paisaje.

De nuevo soltó una risita.

A Marroux le dio un vuelco el corazón. Echó una ojeada a sus compañeros, que también estaban deshechos.

—Pero quizá los pájaros no vuelvan nunca más...—murmuró todavía el joven deportado.

Tenía mirada ida, o apagada, muerta, borrada, obnubilada por visiones atroces. Hablaba con voz monocorde, brutal. Con el convencimiento de que no podían comprenderle, de que ellos siempre quedarían al otro lado de una frontera invisible pero infranqueable.

El reencuentro

Sin embargo, la propia arrogancia desesperada del joven denotaba una señal de vida aún, una prueba de vitalidad. Marroux lo comprendió una hora después, cuando encontró a Michel Laurençon.

Estaba estirado en un camastro del bloque 56, uno de los barracones del Campo Pequeño, donde se aglomeraban a miles los detenidos que no habían sido incorporados a la

NETC
HA V

Jorge Semprún, actual ministro de Cultura de España, publicó a fines del año "Netchaiev ha vuelto", donde cuenta la historia de cinco jóvenes franceses que a finales de los sesenta militaban en una agrupación revolucionaria y que, veinte años después, ocupan posiciones muy distintas. Una trama que permite al autor recorrer el camino del relato de acción, pero —al mismo tiempo— manifestar sus impresiones sobre el dogmatismo en la ideología. Lo que sigue es un capítulo del libro publicado en Madrid por Tusquets Editores.



NETCHAIEV HA VUELTO

Jorge Semprún, actual ministro de Cultura de España, publicó a fines del año "Netchaiev ha vuelto", donde cuenta la historia de cinco jóvenes franceses que a finales de los sesenta militaban en una agrupación revolucionaria y que, veinte años después, ocupan posiciones muy distintas. Una trama que permite al autor recorrer el camino del relato de acción, pero —al mismo tiempo— manifestar sus impresiones sobre el dogmatismo en la ideologiá. Lo que sigue es un capítulo del libro publicado en Madrid por Tusquets Editores.

Por Jorge Semprún

Daniel ha vuelto!

Roger Marroux se despertó sobresaltado...Juliette, su mujer, le daba sacudidas en el hombro para despabilarlo.

De una ojeada vio que eran las cinco de la madrugada y que Juliette tenía la mirada ida y la mandíbula crispada de los peores momentos de crisis. Debía de haber burlado la vigilancia de la joven que dormía junto a ella para evitar cualquier accidente.

Se enderezó, abrazándola.

—¿Ha vuelto? Cuéntamelo, Juliette...

Ante todo no había que tratarla con brusquedad, ni llevarle la contraria, ni proclamar de entrada la imposibilidad de ese retorno. Doce años atrás, cuando desapareció su hijo, Juliette se lo tomó con tranquilidad al principio, decidiendo que Daniel había sentido deseos de cambiar de aires, de alejarse, para salirse del callejón sin salida de su actividad militante de entonces. Pero volvería pronto, curado de sus ilusiones nihilistas, dispuesto a volver a empezar en la vida. Con sus aptitudes todo le sería fácil: el universo entero le estaba abierto.

Sin embargo, dos meses después, una carta de Daniel echada al correo desde algún lugar de América Central anunciaba su decisión de morir, de desaparecer de una vida en lo sucesivo desprovista de interés. Pedía disculpas a su madre y tenía incluso una palabra amable para con Marroux, su padrastro, lo que realmente se salía de lo corriente.

Primero Juliette esperó intensamente, desesperadamente, que Daniel no llevara a cabo su proyecto de suicidio. Pero tres semanas después el cónsul de Francia en Guatemala les envió una comunicación oficial. Se había encontrado el cuerpo medio carbonizado de Daniel Laurençon en el fondo de un precipicio, donde su coche se había estrellado. El cónsul también les remitía sus objetos y documentos personales: el reloj de pulsera que su madre le regaló cuando aprobó el examen de selectividad para ingresar en la Normal Superior, una cadenita de oro que había pertenecido a su padre...cosas así. En el pasaporte, parcialmente comido por las llamas, la página de la foto estaba intacta.

Juliette había llorado mucho ante esta imagen de su hijo, de mala calidad, pero donde, sin embargo, brillaba el rubio insolente de Daniel.

Roger Marroux había empezado a dar los pasos necesarios para repatriar el cuerpo de su hijastro, pero en vano. Accidental o voluntaria, la caída del coche de Daniel se había producido en una región en estado de guerrilla. El cadáver había sido enterrado deprisa y corriendo en la fosa común del cementerio de un pueblecito de montaña, y resultaba imposible identificarlo.

Intentos de suicidio

En el transcurso de los meses siguientes, sin la presencia de su hijo, que había sido malhumorada, insolente y agresiva durante los últimos años, Juliette se fue hundiendo en una depresión melancólica. Empezó pasando semanas enteras encerrada en su habitación, estirada, o sentada en un sillón, sin moverse, con la mirada perdida. Su única ocupación, durante esas temporadas, consistía en ir seleccionando incansablemente las fotografías familiares donde salía Daniel desde su más tierna infancia e irlas pegando en álbumes siguiendo unos criterios misteriosos y cambiantes cuya razón —o mejor aún sinrazón— era incomprensible.

Estas depresiones periódicas se volvieron más frecuentes y duraderas, alternando con ataques de furia que generalmente acababan con intentos de suicidio que hicieron necesario vigilarla discreta pero constantemente. Habitualmente, los ataques los solía anunciar la propia Juliette: de repente pretendía que Daniel había vuelto, y que ella había hablado con él a escondidas de los demás.

Esa noche de invierno la mujer de Roger Marroux había conseguido salir de su habitación sin llamar la atención de su joven enfermera. Temblaba abrazada a su marido, murmurando que Daniel había vuelto, que había hablado con él: esta vez no era un sueño como tantas otras veces, no, ¡esta vez era Daniel de verdad!

Roger Marroux la apretaba contra sí, hablándole despacio al oído con la dulzura desesperada que habían ido forjando tantos y tan duros años. Juliette volvió a sumirse en una especie de letargo o de somnolencia soñadora. La tomó en brazos, ligera y tibia como una pluma, la llevó a la habitación de la planta baja que daba al jardín grande, la metió en la cama, se dio cuenta de que la puerta ventana del balcón estaba abierta y la cerró. Al cerrar las cortinas vio a lo lejos el resplandor de París, la silueta iluminada de la torre Eiffel, que destacaba en el horizonte de una fría y clara noche.

Unos años antes había comprado esta casa en la colina que une Montlignon con Saint-Leu, al norte de la capital, junto al lindero del bosque de Montmorency. Para que Juliette estuviese tranquila, próxima a los vientos y a los árboles. Pero también porque fue en Saint-Leu, hacía más de 40 años —en 1942 exactamente—, donde conoció a Juliette Blainville. Durante la fiesta de cumpleaños de una amiga común, la hermana de un compañero de estudios.

Todos tenían 20 años, más o menos: la edad difícil.

Amante veleidosa

Michel Laurençon tenía 20 años. El también estaba en Saint-Leu. Siempre estaba donde su mejor amigo, Roger Marroux. Probablemente fue Michel el primero en conocer a Juliette Blainville: en el sentido bíblico, se entiende. Ella pasaba de uno a otro, amante veleidosa, indecisa, pero siempre igualmente apasionada. Ellos, Michel y él, esperaban que el destino resolviese esta situación que les sumía en las ansias de una dicha loca.

Fue la muerte quien la resolvió.

Roger Marroux había atravesado Europa, muchos años antes —¿o acaso siglos?, ¿no era en otro tiempo, en otro paisaje histórico?—, con el III Cuerpo de Ejército norteamericano del general Patton, que iba penetrando en el corazón de la Alemania nazi. Las ciudades estaban en ruina, las mujeres lívidas ("Deutschland, bleiche Mutter", escribió el poeta), miles de prisioneros de todo tipo, liberados por el avance aliado, infestaban las carreteras: parecía una escenificación bastante verosímil del Apocalipsis.

El 11 de abril de 1945 una de las divisiones blindadas de vanguardia del Ejército de Patton avanzaba por las colinas que rodean Weimar, donde se encontraba el campo de concentración de Buchenwald. Al día siguiente, Marroux, junto a otros dos miembros, británicos, de una misión militar encargada de encontrar cuanto antes el rastro de los agentes de los servicios de acción y de información deportados por los nazis, llegaba en coche a la entrada del campo de concentración.En Buchenwald calculaban poder encontrar a varios agentes. ¿Vivos todavía? Daba igual, Marroux había aceptado tomar parte en esta misión para poder reunirse cuanto antes con Michel Laurençon.

La última vez que lo vio fue en febrero del año anterior, en 1944. Se encontraron en París para ir juntos al teatro de L'Atelier a ver una de las primeras representaciones de la *Antígona*, de Jean Anouilh. Era a principios de febrero, le parecía recordar. En cualquier caso, antes del día 15, ya que fue el 15 cuando la Gestapo lo atrapó.

Después de *Antígona*, se pasaron la noche hablando. La Resistencia disponía de un refugio en la Rue Blainville. Qué casualidad: como el apellido de Juliette; además ése era el barrio donde habían pasado su adolescencia. Rieron. A dos pasos, en la Rue Thouin, seguía alzándose la farola que les servía de punto de apoyo para saltar la tapia del liceo Henri IV cuando estuvieron internos. Rieron también del aura de distinción cultural con que se adornaba su compromiso. ¡Como en cualquier vida ilustre de Plutarco! Cuando estaban en la clase preparatoria de la Escuela Normal Superior el anciano profesor de griego dedicó una parte del curso para explicar Sófocles. En concreto, la tragedia. No sin segundas intenciones alusivas a los problemas de una época de ocupación extranjera, a los Creontes hipócritas y provisionalmente triunfantes.

Al año siguiente, en 1943, celebraron su despedida de las letras y su definitiva entrada en el mundo de la clandestinidad yendo todos en grupo a ver *Las moscas*, de Jean-Paul Sartre. El mes de junio inundaba París con sus fragancias campestres y sus esperanzas inciertas, cubriendo la ciudad con un manto de seda azul de indiferente eternidad. Juliette lloraba: no lograba decidirse por uno u otro; amaba a los dos por turno, igual que la amaban ellos a ella, y ahora resultaba que desaparecían juntos.

Un año después, el tema de la discusión era la *Antígona*, de Anouilh. "¡Una época realmente ideal para dos estudiantes eruditos y combativos!", decía Laurençon aquella noche, en la Rue Blainville.

Misión de búsqueda

En la primavera de 1945, tras los carros blindados de Patton, Roger Marroux cruzó una Alemania derrotada y lívida, para encontrar a Michel, para sacarle del abismo de la ausencia, del olvido. Días después de la velada en L'Atelier cogieron a Michel. Precisamente en el refugio de la Rue Blainville. Se llegó a saber que había sido abominablemente torturado, deportado a Alemania, a Buchenwald, en un convoy especial de agentes de las redes franco-británicas. Se decía que algunos fueron fusilados después de llegar al campo de concentración . No se sabía el destino de los demás. Por eso la urgencia de esta misión de búsqueda.

La mañana del 12 de abril de 1945, Marroux se apeó del coche delante de las oficinas de la Politische Abteilung, la sección de la Gestapo del campo de concentración de Buchenwald. El monumental portón de entrada, con su verja de hierro forjado, se hallaba a unas decenas de metros, al final de la larga avenida bordeada por columnas coronadas de águilas hitlerianas que unía la estación con el campo de concentración.

Un chico joven —aunque era difícil calcular su edad exacta: unos 20 años, pensó— estaba de guardia en la entrada del barracón de la Gestapo. Llevaba botas rusas de cuero flexible, un atuendo disparatado, el pelo al rape. Pero una ametralladora alemana le colgaba del hombro, señal evidente de autoridad. Los oficiales de enlace americanos les habían dicho, al despuntar el alba, que la resistencia antifascista de Buchenwald había conseguido dotar de armas a unas cuantas decenas de hombres que habían tomado parte en la fase final de liberación del campo de concentración, justo después del avance de la vanguardia motorizada de Patton. A ese grupo pertenecía probablemente este joven que les miraba bajar del *jeep* y desperezarse al sol de primavera, en el silencio espeso, extraño, del bosque de hayas que rodeaba la valla de espino del campo de concentración. Marroux se sintió aprisionado por la frialdad devastada de esa mirada, brillante en el rostro huesudo y demacrado. Tuvo la impresión de ser observado, sopesado, por unos ojos enclavados más allá o más acá de la vida. Como si el destello neutro, plano, de esa mirada le llegase de una estrella muerta, de una existencia ya desaparecida. Como si esa mirada hubiese viajado hasta él atravesando las estepas de un paisaje sombrío, mineral, para alcanzarle impregnada de una frialdad salvaje, de una soledad sin remedio. Se giró hacia sus dos compañeros, algo mayores que él, y adivinó que se sentían presa del mismo malestar, de la misma inquietud.

El joven, que se había fijado en el escudo tricolor coronado por la palabra "France" que Marroux llevaba en la guerrera, se dirigió a él en francés:

—Parece usted sorprendido...¿Qué le pasa? ¿Es el silencio? Nunca hay pájaros en este bosque...Al parecer, el humo de los hornos crematorios los ha hecho huir...—soltó una risita—. Pero el horno se paró ayer...Ya nunca más volverá a haber humo...Nunca más volverá el olor de la carne quemada en el paisaje.

De nuevo soltó una risita.

A Marroux le dio un vuelco el corazón. Echó una ojeada a sus compañeros, que también estaban deshechos.

—Pero quizá los pájaros no vuelvan nunca más...—murmuró todavía el joven deportado.

Tenía mirada ida, o apagada, muerta, borrada, obnubilada por visiones atroces. Hablaba con voz monocorde, brutal. Con el convencimiento de que no podían comprenderle, de que ellos siempre quedarían al otro lado de una frontera invisible pero infranqueable.

El reencuentro

Sin embargo, la propia arrogancia desesperada del joven denotaba una señal de vida aún, una prueba de vitalidad. Marroux lo comprendió una hora después, cuando encontró a Michel Laurençon.

Estaba estirado en un camastro del bloque 56, uno de los barracones del Campo Pequeño, donde se aglomeraban a miles los detenidos que no habían sido incorporados a la máquina productora de Buchenwald, ya por estar en tránsito o en cuarentena, ya por no ser aptos para el trabajo. El 56 era un bloque de inválidos, una especie de moridero maloliente donde la mayoría de sus ocupantes no eran capaces de moverse, infestados de parásitos, descompuestos, víctimas de la disentería.

Fue así, al final de una mañana radiante del mes de abril —algunas nubes muy ligeras, deshechas, divagaban en el horizonte sobre el cielo azul verdoso de los montes de Turingia—, tras haber atravesado Europa bajo tempestades de acero y fuego, como Marroux reencontró a Michel.

No lo reconoció, desde luego. Le mostraron ese cuerpo martirizado, vestido de harapos; le dijeron que ese miserable montón de huesos y de piel amarillenta pertenecía efectivamente a Michel Laurençon, según certificaba su número de registro. Entonces puso una mano amigable, una mano ligera como la esperanza y la ternura, en el hombro de ese cadáver que aún se movía, roído por el hambre, la fiebre y la descomposición. Murmuró su nombre. Michel abrió los ojos, le reconoció. Nada nunca podría borrar el recuerdo del grito de alegría que Michel soltó, sin duda con todas sus fuerzas, con toda la energía que dormía en sus entrañas, y que sólo fue un murmullo, un ronco suspiro. Nada nunca borraría ese grito susurrado. Michel se echó a llorar silenciosamente, y Marroux se puso a hablarle suavemente al oído, en voz muy baja pero clara.

Le recordó a Michel todas las razones de vivir por las cuales habían arriesgado sus vidas: la libertad recobrada, los cerezos en flor, los compañeros muertos y los compañeros vivos, las lágrimas y las risas de Juliette, que le estaba esperando —él tenía ahora que echarse a un lado: dejar a Juliette, devolverla al amor de Michel, devolverle a él la ternura de las manos de Juliette—; le dijo los nombres de los periódicos nuevos, de los últimos libros: los textos de Camus, la poesía de René Char.

Michel le escuchó bebiendo literalmente sus palabras, dejando que fueran regando lentamente su alma, su memoria, su cuerpo, abriéndose a ellas, reavivándose a ojos vista. Pero se mantuvo callado, limitándose a exhortarle a seguir, con sonidos breves y roncos, cada vez que Roger Marroux interrumpía su monólogo, cortado en seco por la visión del horror que le rodeaba cuando levantaba la vista sobre los muertos vivientes que yacían en los camastros, mirándole con unos ojos fijos y embotados que le paralizaban.

Michel no habló hasta el día siguiente, al anochecer.

Estaban en Eisenach, en un hotel requisado y habilitado como hospital de campaña y centro de tránsito por las diversas misiones de repatriamiento. Marroux estuvo velándole durante todo el día, ayudando a las enfermeras que se ocupaban de él. Hacia el final de la tarde, Michel abrió los ojos y le vio junto a su lecho. Pronunció unas frases incomprensibles de tan débil como tenía la voz. Marroux se acercó para entender sus primeras palabras. Michel hacía esfuerzos sobrehumanos para hacerse entender. Finalmente consiguió articular su pensamiento, muy lentamente, con angustiantes intervalos de silencio entre algunas palabras.

"El problema de Dios...está resuelto...su existencia...".

Tenía los labios resecos, cortados por la fiebre. Michel le dio de beber; sólo algunas gotas. Recordó sus discusiones cuando eran estudiantes y decidieron profundizar su conocimiento de la filosofía tomista.

"Después de esto...es inconcebible..."

Michel hizo acopio de todas sus fuerzas para una última afirmación.

"No es posible imaginar a Dios...O entonces está loco... Es un tirano loco...".

Descansó la cabeza en la almohada, agotado.

Durante los siguientes tres años, Michel Laurençon mantuvo un silencio total sobre su vida en Buchenwald, rehuyendo sistemáticamente todas las ocasiones —reuniones de antiguos deportados, conmemoraciones— que pudieran recordar ese pasado.

Recordar el horror

Pero de repente, cuando parecía estar restablecido, haber recuperado un estado de salud más o menos correcto, cuando Juliette estaba esperando un hijo suyo, cuando parecía que por fin su existencia había recuperado algún sentido, un futuro, de repente Michel Laurençon se puso a recordar, sacando a la luz todo el horror hasta entonces no expresado. Se puso a contar sus recuerdos, en un relato pormenorizado, incluso prolijo y esmerado, como si tuviese prisa de evocar hasta el mas ínfimo detalle, el más insignificante, como si temiese tener el tiempo contado. Como si le angustiase la idea de olvidar el más nimio hecho, de dejar perder el menor reflejo horrible de la memoria. Decirlo todo hasta el agotamiento, hasta la náusea, hasta la repetición obsesiva; tal fue a partir de entonces su única preocupación. Hasta una noche del mes de abril de 1948, cuando puso fin a sus días, dejando un gran sobre sellado para entregar a su hijo —esperaba, por lo menos, que fuese un varón— cuando éste cumpliera los 16 años.

A Marroux le pareció que hacía siglos que había cruzado Europa en ruinas para traer de vuelta a casa a Michel Laurençon; y no había sido capaz de conservarlo vivo. Pero quizá Michel ya estaba muerto en Buchenwald; quizá lo único que había traído de allá era un sueño póstumo de Michel.

S.O.L

SOSTENIDO

MAR DEL PLATA

Guía de espectáculos

Silvina Garré se presentará hoy en el Teatro Ocean de Necochea; mañana en la sala Star de Miramar y el domingo en el Radio City de Mar del Plata. El lunes ofrecerá un concierto en el Atlas de Villa Gesell y el martes en el Teatro Marinas de Pinamar, culminando su gira por la costa el 25 en el Teatro Arenas de San Bernardo. En esta recorrida llevará los temas de su último long play, *Otro cuerpo más*, acompañada de su nueva banda integrada por Darío Poletti (batería), Gustavo Guliano (bajo), Sarten Asresi (guitarra), Mariano Zamborini (teclados) y César Salgán (teclados).

León Gieco y Víctor Heredia se han unido para llegar hasta el verano con sus trabajos discográficos (León y sus *Semillas del corazón* y Heredia con su *Memoria*). Hoy se presentarán en el estadio Super Domo de Mar del Plata. Mañana en el Teatro Arenas de San Bernardo; el lunes en Santa Teresita y el martes en el Teatro Atlas de Villa Gesell.

Raúl Carnota y Lalo de los Santos se presentarán hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata a las 23 y dentro del ciclo auspiciado por la Subsecretaría de Cultura bonaerense.

El Cuarteto Zupay ofrecerá el sábado a las 23 un recital en el Teatro Auditorium de Mar del Plata. A la 0.45 llegará *Alejandro Dolina* y su monólogo para alejar lágrimas. El programa se repetirá en los mismos horarios el domingo.

Lorenzo Quinteros presenta su *Resucitado*, con dirección de Roberto Villanueva en el Teatro Re-Fa-Si (Luro 2332, Mar del Plata) de martes a domingo a las 22.

Fabi Cantilo y Los Twist llegan hoy a Mar del Plata para acompañar a la *Agrupación César Parisi*, con Pipo Cipolatti, Tito Cosavia, Gonzalo Palacio, Camilo Iezzi y Paolo. En el Auditorium, a la 0.45 y por 40 australes. El *Twist* es un poco más caro en la confitería París y se presenta domingo, lunes y martes a las 22.30.

Yepeto, con Ulises Dumont y Darío Grandinetti y Roberto Cossa como autor de una de las mejores obras de teatro que llegan a Mar del Plata. En el Teatro Colón (Hipólito Yrigoyen 1665) de martes a jueves a las 22. Los viernes a domingo dos funciones: 21.30 y 23.30.

La Banda Elástica se presenta en el Teatro De las Estrellas (Avenida Colón y la costa, Mar del Plata) de miércoles a viernes a las 22. Sábados dos funciones 22 y 24 horas. Domingos a las 22.

Virginia Lago y su espectáculo *Vivir en vos*, sobre textos de María Elena Walsh los martes, a las 23, en el Teatro Del Notariado (Independencia y Colón, Mar del Plata).

Lidia Catalano lleva a Federico García Lorca y su *Poeta en Nueva York* los jueves a las 23 en el Teatro del Notariado (Independencia y Colón. Mar del Plata).

Morochos de Ñuyor, tangos made in Brodway en una obra de teatro que refleja esta anécdota del espectáculo de exportación, en la sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. A las 22, menos los martes porque la compañía descansa.

Chico Novarro y Eladia Blázquez llegan a Pinamar todos los lunes a la 0.30 en el Teatro Marinas (Av. Bunge 799, Pinamar).

Mamá, comedia con Luisina Brando, Carlos Calvo y Aída Luz, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata (Santa Fe 751) de martes a domingo dos funciones: 21.30 y 23.30.

Teléfono medido, con Carlos Carella en el Re-Fa-Si II (Luro 2332. Mar del Plata) de martes a domingo a las 21.30 y a las 23.

Leonor Manso y su unipersonal *Yo, Alfonsina (una mujer libre)* con textos de Alfonsina Storni. Todos los viernes y sábados a las 23 en el Teatro del Notariado (Independencia y Colón, Mar del Plata).

máquina productora de Buchenwald, ya por estar en tránsito o en cuarentena, ya por no ser aptos para el trabajo. El 56 era un bloque de inválidos, una especie de moridero maloliente donde la mayoría de sus ocupantes no eran capaces de moverse, infestados de parásitos, descompuestos, víctimas de la disentería.

Fue así, al final de una mañana radiante del mes de abril —algunas nubes muy ligeras, deshechas, divagaban en el horizonte sobre el cielo azul verdoso de los montes de Turingia—, tras haber atravesado Europa bajo tempestades de acero y fuego, como Marroux reencontró a Michel.

No lo reconoció, desde luego. Le mostraron ese cuerpo martirizado, vestido de harapos; le dijeron que ese miserable montón de huesos y de piel amarillenta pertenecía efectivamente a Michel Laurençon, según certificaba su número de registro. Entonces puso una mano amigable, una mano ligera como la esperanza y la ternura, en el hombro de ese cadáver que aún se movía, roído por el hambre, la fiebre y la descomposición. Murmuró su nombre. Michel abrió los ojos, le reconoció. Nada nunca podría borrar el recuerdo del grito de alegría que Michel soltó, sin duda con todas sus fuerzas, con toda la energía que dormía en sus entrañas, y que sólo fue un murmullo, un ronco suspiro. Nada nunca borraría ese grito susurrado. Michel se echó a llorar silenciosamente, y Marroux se puso a hablarle suavemente al oído, en voz muy baja pero clara.

Le recordó a Michel todas las razones de vivir por las cuales habían arriesgado sus vidas: la libertad recobrada, los cerezos en flor, los compañeros muertos y los compañeros vivos, las lágrimas y las risas de Juliette, que le estaba esperando —él tenía ahora que echarse a un lado: dejar a Juliette, devolverla al amor de Michel, devolverle a él la ternura de las manos de Juliette—; le dijo los nombres de los periódicos nuevos, de los últimos libros: los textos de Camus, la poesía de René Char.

Michel le escuchó bebiendo literalmente sus palabras, dejando que fueran regando lentamente su alma, su memoria, su cuerpo, abriéndose a ellas, reavivándose a ojos vista.

Pero se mantuvo callado, limitándose a exhortarle a seguir, con sonidos breves y roncos, cada vez que Roger Marroux interrumpía su monólogo, cortado en seco por la visión del horror que le rodeaba cuando levantaba la vista sobre los muertos vivientes que yacían en los camastros, mirándole con unos ojos fijos y embotados que le paralizaban.

Michel no habló hasta el día siguiente, al anochecer.

Estaban en Eisenach, en un hotel requisado y habilitado como hospital de campaña y centro de tránsito por las diversas misiones de repatriamiento. Marroux estuvo velándole durante todo el día, ayudando a las enfermeras que se ocupaban de él. Hacia el final de la tarde, Michel abrió los ojos y le vio junto a su lecho. Pronunció unas frases incomprensibles de tan débil como tenía la voz. Marroux se acercó para entender sus primeras palabras. Michel hacía esfuerzos sobrehumanos para hacerse entender. Finalmente consiguió articular su pensamiento, muy lentamente, con angustiantes intervalos de silencio entre algunas palabras.

"El problema de Dios...está resuelto...su existencia...".

Tenía los labios resecos, cortados por la fiebre. Michel le dio de beber; sólo algunas gotas. Recordó sus discusiones cuando eran estudiantes y decidieron profundizar su conocimiento de la filosofía tomista.

"Después de esto...es inconcebible..."

Michel hizo acopio de todas sus fuerzas para una última afirmación.

"No es posible imaginar a Dios...O entonces está loco... Es un tirano loco...".

Descansó la cabeza en la almohada, agotado.

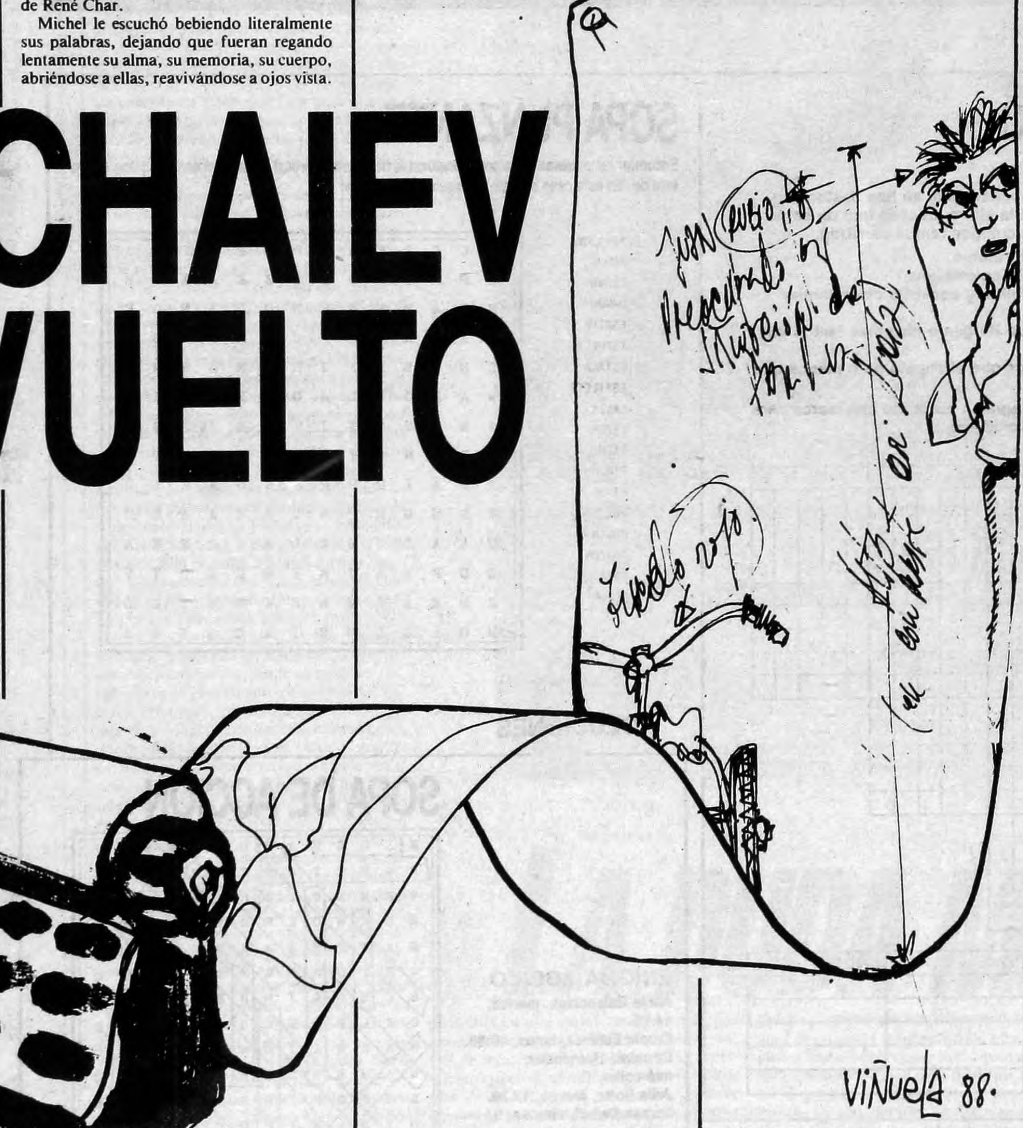
Durante los siguientes tres años, Michel Laurençon mantuvo un silencio total sobre su vida en Buchenwald, rehuyendo sistemáticamente todas las ocasiones —reuniones de antiguos deportados, conmemoraciones— que pudieran recordar ese pasado.

Recordar el horror

Pero de repente, cuando parecía estar restablecido, haber recuperado un estado de salud más o menos correcto, cuando Juliette estaba esperando un hijo suyo, cuando parecía que por fin su existencia había recuperado algún sentido, un futuro, de repente Michel Laurençon se puso a recordar, sacando a la luz todo el horror hasta entonces no expresado. Se puso a contar sus recuerdos, en un relato pormenorizado, incluso prolijo y esmerado, como si tuviese prisa de evocar hasta el mas ínfimo detalle, el más insignificante, como si temiese tener el tiempo contado. Como si le angustiase la idea de olvidar el más nimio hecho, de dejar perder el menor reflejo horrible de la memoria. Decirlo todo, hasta el agotamiento, hasta la náusea, hasta la repetición obsesiva; tal fue a partir de entonces su única preocupación. Hasta una noche del mes de abril de 1948, cuando puso fin a sus días, dejando un gran sobre sellado para entregar a su hijo —esperaba, por lo menos, que fuese un varón— cuando éste cumpliera los 16 años.

A Marroux le pareció que hacía siglos que había cruzado Europa en ruinas para traer de vuelta a casa a Michel Laurençon; y no había sido capaz de conservarlo vivo. Pero quizá Michel ya estaba muerto en Buchenwald; quizá lo único que había traído de allá era un sueño póstumo de Michel.

CHAIEV
VUELTO



S.O.L

SOSTENIDO

MAR DEL PLATA

Guía de espectáculos

Silvina Garré se presentará hoy en el Teatro Ocean de Necochea; mañana en la sala Star de Miramar y el domingo en el Radió City de Mar del Plata. El lunes ofrecerá un concierto en el Atlas de Villa Gesell y el martes en el Teatro Marinas de Pinamar, culminando su gira por la costa el 25 en el Teatro Arenas de San Bernardo. En esta recorrida llevará los temas de su último long play, *Otro cuerpo más*, acompañada de su nueva banda integrada por Darío Poletti (batería), Gustavo Guliano (bajo), Sarten Asresi (guitarra), Mariano Zamborini (teclados) y César Salgán (teclados).

León Gieco y Víctor Heredia se han unido para llegar hasta el verano con sus trabajos discográficos (León y sus *Semillas del corazón* y Heredia con su *Memoria*). Hoy se presentarán en el estadio Super Domo de Mar del Plata. Mañana en el Teatro Arenas de San Bernardo; el lunes en Santa Teresita y el martes en el Teatro Atlas de Villa Gesell.

Raúl Carnota y Lalo de los Santos se presentarán hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata a las 23 y dentro del ciclo auspiciado por la Subsecretaría de Cultura bonaerense.

El Cuarteto Zupay ofrecerá el sábado a las 23 un recital en el Teatro Auditorium de Mar del Plata. A la 0.45 llegará *Alejandro Dolina* y su monólogo para alejar lágrimas. El programa se repetirá en los mismos horarios el domingo.

Lorenzo Quinteros presenta su *Resucitado*, con dirección de Roberto Villanueva en el Teatro Re-Fa-Sí (Luro 2332, Mar del Plata) de martes a domingo a las 22.

Fabi Cantilo y Los Twist llegan hoy a Mar del Plata para acompañar a la *Agrupación César Parisi*, con Pipo Cipolatti, Tito Cosavia, Gonzalo Palacio, Camilo Iezzi y Paolo. En el Auditorium, a la 0.45 y por 40 australes. El *Twist* es un poco más caro en la confitería París y se presenta domingo, lunes y martes a las 22.30.

Yepeto, con Ulises Dumont y Darío Grandinetti y Roberto Cossa como autor de una de las mejores obras de teatro que llegan a Mar del Plata. En el Teatro Colón (Hipólito Yrigoyen 1665) de martes a jueves a las 22. Los viernes a domingo dos funciones: 21.30 y 23.30.

La Banda Elástica se presenta en el Teatro De las Estrellas (Avenida Colón y la costa, Mar del Plata) de miércoles a viernes a las 22. Sábados dos funciones 22 y 24 horas. Domingos a las 22.

Virginia Lago y su espectáculo *Vivir en vos*, sobre textos de María Elena Walsh los martes, a las 23, en el Teatro Del Notariado (Independencia y Colón, Mar del Plata).

Lidia Catalano lleva a Federico García Lorca y su *Poeta en Nueva York* los jueves a las 23 en el Teatro del Notariado (Independencia y Colón. Mar del Plata).

Morochos de Ñuyor, tangos made in Brodway en una obra de teatro que refleja esta anécdota del espectáculo de exportación, en la sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata. A las 22, menos los martes porque la compañía descansa.

Chico Novarro y Eladia Blázquez llegan a Pinamar todos los lunes a la 0.30 en el Teatro Marinas (Av. Bunge 799, Pinamar).

Mamá, comedia con Luisina Brando, Carlos Calvo y Aída Luz, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata (Santa Fe 751) de martes a domingo dos funciones: 21.30 y 23.30.

Teléfono medido, con Carlos Carella en el Re-Fa-Sí II (Luro 2332. Mar del Plata) de martes a domingo a las 21.30 y a las 23.

Leonor Manso y su unipersonal *Yo, Alfonsina (una mujer libre)* con textos de Alfonsina Storni. Todos los viernes y sábados a las 23 en el Teatro del Notariado (Independencia y Colón, Mar del Plata).

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

12. El rescate de la pequeña vendedora de violetas

La pequeña vendedora de violetas miraba al elegante enmascarado con el terror pintado en sus grandes y hermosos ojos negros; el hombre hablaba y hablaba mientras se aproximaba al desnudo cuerpecillo, cuyas partes púdicas ella intentaba proteger con los brazos. El cruel sujeto profería horrendas amenazas, pintando para ella un siniestro futuro.

—¿Sabes lo que haremos contigo, pequeña miserable? —decía el hombre—. En primer lugar, serás juguete de todos los hombres de nuestra inmensa organización. Agotada esta etapa, nuestros cirujanos te fabricarán una nueva virginidad, con sus agujas e hilos de coser, de modo que podamos vender tus primicias a una serie de viejos, clientes de nuestros prostíbulos; cada vez que seas desflorada, serás vuelta a coser y vuelta a vender. Eso durará bastante tiempo, mientras tus tejidos resistan costuras. A esa altura de los acontecimientos, seguramente estarás embarazada; dejaremos que el feto alcance el desarrollo necesario para venderlo a unos científicos mexicanos que fabrican ciertas medicinas con sustancias extraídas de embriones humanos; te haremos abortar en el momento exacto. Durante algunos años serás nuestra productora de embriones. Más adelante...—el hombre se interrumpió al observar por el rabillo del ojo un movimiento a su costado derecho, casi a sus espaldas—. ¿Has vuelto, estúpido? —exclamó, dirigiéndose al oso que, al parecer, había reingresado en la habitación. Se dio vuelta para soltarle otro par de puntapiés, pero he aquí que el oso no respondió mansamente sino que gruñó con ferocidad, desnudando toda una hilera de grandes y afilados dientes, y propinó al hombre un par de zarpazos que lo arrojaron al suelo. De inmediato, ambos se trabaron en desigual lucha.

Una figura ataviada con una especie de túnica y con el rostro cubierto por un velo se acercó a la niña, la tomó de un brazo y le susurró al oído unas maravillosas palabras: "No temas. He venido a salvarte". Ayudó a la niña a levantarse y, aprovechando la distracción del enmascarado, que ya estaba siendo dominado por el oso, corrieron en puntillas hasta la puerta y salieron de la pieza, a un corredor penumbroso; al cabo de unos momentos oyeron los desgarradores alaridos del enmascarado, a quien sin duda estaba violando el oso malo, que el hombre había confundido con su compañero.

—Fui yo quien dejó en libertad a los dos osos —dijo la figura misteriosa, y esta vez la niña percibió claramente que se trataba de una voz de mujer—; ambos son mis amigos. Yo soy bailarina, y hago un número con el oso que te desgarró las ropas. Este otro es feroz, y sólo yo puedo controlarlo, al menos hasta cierto punto —mientras hablaba, llevaba a la niña por una complicada red de habitaciones y pasillos desiertos, patios descubiertos y escaleras que subían y bajaban—. La banda huyó del lugar en previsión de unas inspecciones que están realizando los ayudantes de Carmody Trailler, aunque hace tiempo que habían decidido abandonar este refugio. Espero que no haya quedado ninguno de ellos, pues trabajo para la Banda y si se sabe que te he liberado...

En ese preciso instante, Angus McCoy y John Adams llamaban enérgicamente a la puerta de la casa a la que Angus había visto que entraban a la niña; y ante la falta de respuesta, se disponían a derribar la puerta cuando ésta se abrió.

—¡Mark! —exclamó Angus—. ¿Qué haces aquí?

—Está todo vacío, Angus —respondió Mark Sorrentino, uno de los agentes de Trailler que había estado explorando la manzana y había logrado entrar por otro edificio—. Sólo hallé a un hombre agonizante en una pieza, pero no he podido registrar todo; es muy complicado; toda la manzana es un laberinto.

Mientras tanto, en una especie de camarín, la mujer del velo se aprestaba a huir con la niña de ese edificio, pues lo sabía repleto de bombas de tiempo próximas a estallar.

(Próximo episodio: "Las bandas criminales se multiplican").



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Baloncesto mundial

Durante un importante torneo de baloncesto, se han destacado cinco jugadores. Deduzca cuál es la altura de cada uno de estos gigantes, a qué país representa y cuántos tantos convirtió.

1. **El que mide 2,05 metros hizo 13 tantos.**
2. **Vázquez mide 10 cm menos que el colombiano.**
3. **El holandés es más bajo que Smith, y convirtió cinco tantos menos que éste.**
4. **El irlandés mide 10 cm más que Bergen e hizo más tantos que Smith.**
5. **El más bajo convirtió más tantos que el filipino pero menos que Warwick**

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		ALTURA					PAIS					TANTOS				
		1,95 m	1,98 m	2,05 m	2,08 m	2,11 m	Colombia	Filipinas	Holanda	Irlanda	Uruguay	8	13	15	16	18
JUGADOR	Altieri															
	Bergen															
	Smith															
	Vazquez															
	Warwick															
TANTOS	8															
	13															
	15															
	16															
	18															
PAIS	Colombia															
	Filipinas															
	Holanda															
	Irlanda															
	Uruguay															

JUGADOR	ALTURA	PAIS	TANTOS

SOPA PUNZANTE

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

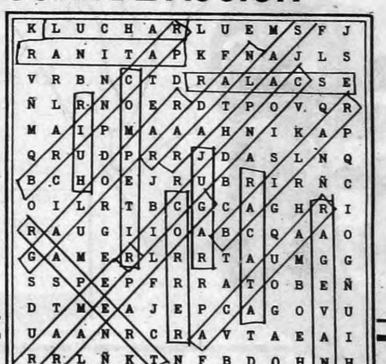
AGUIJON
AGUJA
CLAVO
DARDO
ESPINA
ESPUELA
ESTACA
ESTILETE
LANZA
LEZNA
PICO
PINCHO
PITON
PUA
PUNTA
PUNZON
PUYA
REJON

U	O	C	R	E	A	O	P	R	M	J	F	Z	A
E	P	R	I	U	D	S	I	Z	E	A	X	R	B
Z	V	A	P	R	A	F	N	O	L	J	N	D	E
R	S	F	A	P	E	A	C	J	A	P	N	S	V
C	N	D	Y	N	F	J	H	N	N	O	S	N	T
V	A	E	O	T	L	A	O	U	Z	Z	O	E	E
J	N	T	Y	C	T	J	F	N	A	J	S	S	V
O	I	R	N	C	I	I	U	S	U	P	T	T	F
P	P	A	Z	U	P	P	N	G	U	A	R	I	O
V	S	U	G	R	P	A	O	E	C	J	A	L	D
U	E	A	L	U	Z	C	L	A	V	O	E	E	A
Z	D	F	Y	A	J	A	F	G	E	Z	G	T	V
E	N	A	I	R	V	A	R	Y	N	U	T	E	D
H	O	L	G	L	Y	N	I	A	C	O	Y	O	I

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Alicia Balenciaga, martes, 14.15.
Carola Estévez, lunes, 10.30.
Herminia Hernández, miércoles, 15.
Julia Soler, jueves, 13.30.
Teresa Caliari, viernes, 9.



SOPA DE ACCION

K	L	U	C	H	A	R	L	U	E	M	S	F	J
R	A	N	I	T	A	P	K	F	N	A	J	L	S
V	R	B	N	C	T	D	R	A	L	A	C	S	E
Ñ	L	R	N	O	E	R	D	T	P	O	V	Q	R
M	A	I	P	M	A	A	A	H	N	I	K	A	P
Q	R	U	D	P	R	R	J	D	A	S	L	N	Q
B	C	H	O	E	J	R	U	B	R	I	R	Ñ	C
O	I	L	R	T	B	C	G	C	A	G	H	R	I
R	A	U	G	I	I	O	A	B	C	Q	A	A	O
G	A	M	E	R	L	R	R	T	A	U	M	G	G
S	S	P	E	P	F	R	R	A	T	O	B	E	Ñ
D	T	M	E	A	J	E	P	C	A	G	O	V	U
U	A	A	N	R	C	R	A	V	T	A	E	A	I
R	R	L	Ñ	K	T	N	F	B	D	O	H	N	H